

ALBA QUINTAS GARCIANDIA



LA
CORTE
MARCIAL

FANDOM BOOKS

1.ª edición: noviembre de 2022

© Del texto: Alba Quintas Garcíandía, 2022

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

Diseño de cubierta: Medusa Dollmaker

Diseño del mapa: Alba Quintas Garcíandía

© De las imágenes del mapa: 123RF (arcady31; jameschipper; kateoz; ylivdesign)

ISBN: 978-84-18027-60-4

Depósito legal: M-23037-2022

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ALBA QUINTAS GARCIANDIA

LA
CORTE
MARCIAL

CRÓNICA
DE LOS
TRES REINOS
III

FANDOM BOOKS

*Para Karol, que creyó siempre en este mundo.
El Cronista nunca dejará de estar de tu parte.*

Y para todos los que decidieron quedarse hasta el final.

«La culpa, querido Bruto, no está en las estrellas,
sino en nosotros, que consentimos ser inferiores a ellas».

—WILLIAM SHAKESPEARE,
Julio César

«Ahora que lo pienso,
ahora que lo tengo bajo control,
o me subo a un templo y me inmolo.
Ahora que me sale solo,
me quedo sola en nombre de Apolo.
Me gusta así cuando escribo oro,
escribo oro, escribo oro».

—GATA CATTANA,
Papeles

ARDENIA
COLONIA DE ESTELA

Villa de
Irana

TERRITORIO
CONQUISTADO

LÓPREN

Dramansa ●

Acarvia ●

● Cintra

ESTELA

MONARQUÍA CONTROLADA

POR CORTES





IO
DO DE



II Biblioteca del
Cronista

● Canteras de Nevásile

NEVÁSILE



TIRANÍA

Nílice ●

UN ACTO DE HUMANIDAD



Loto de Nevásile se prometió a sí misma no volver a olvidarse de que conquistar un reino no significaba librarse de todos sus monstruos.

Había escuchado muchos rumores acerca de lo que ocultaba la montaña de Cintra, la sede de la temible dictadura militar de Lópreni, pero nada se acercaba a lo que realmente estaba observando aquella mañana. Primero, las instalaciones; donde ella había esperado ver un cuartel militar de último nivel, con todos y cada uno de sus detalles diseñados, se había encontrado con grutas tremendamente oscuras, salas de mobiliarios pobres, mapas colgando de la pared y antorchas directamente clavadas en los muros de piedra que a medida que descendían se hacían más y más escasas.

Pocos soldados quedaban ya por allí, los mínimos para recibir a su conquistadora. Lo hicieron con las cabezas gachas y la sombra de la derrota todavía en sus rostros. Loto no sabía cómo de leales habían sido aquellos hombres a los Tres Generales, pero sin duda pasaría algún tiempo antes de que se rindieran a la evidencia de que ahora, o escogían pasar a formar parte del ejército de Nevásile, o huían. No había otras opciones. No podía permitirse tener posibles traidores en los territorios que su tiranía controlaba.

Había intentado no detenerse en cada uno de los mapas del continente que colgaban en algunas salas, pero no siempre había podido evitarlo. La extensión que había pasado a gobernar se le antojaba inmensa. Y ella era demasiado pragmática como para no ver los riesgos que entrañaba.

Pero sabía apreciar una victoria. Una como el Cronista no había visto desde hacía mucho tiempo.

—Por la gloria de Nevásile.

Sus acompañantes se habían girado al escuchar aquellas palabras pronunciadas en voz alta, ecos de pensamientos gloriosos para la tirana bajo el sol. Dalanhe y otro de sus soldados la habían mirado con sonrisas mal disimuladas en la expresión, pero los antiguos hombres de Lópreni apenas habían podido ocultar su disgusto.

Poco importaba. Tendrían que acostumbrarse. Era eso o que intentaran vencerla en el campo de batalla de una vez por todas.

Habían descendido cada vez más hacia el interior de la montaña, y la tirana lo había odiado con todas y cada una de las partes de su ser. No soportaba los espacios cerrados, sentirse atrapada por aquellas paredes de piedra que jamás se moverían. Por allí los daños de la batalla eran más que evidentes: el polvo se había desprendido de las paredes, había grietas en la roca. Incluso en los lugares más insospechados se podían ver las profundas pisadas de aquellos que habían intentado huir.

Y entonces habían llegado a una escalera.

Y esa escalera había desembocado en una puerta.

—Casi nadie tenía permiso para acceder aquí —había avisado un soldado de Lópreni—. Los Generales no lo permitían.

Había tensión en sus ojos. Loto pensó que era por estar a punto de revelar alguno de los mayores secretos de sus jefes de filas, pero en cuanto la puerta se abrió y pudieron acceder al interior

de la caverna más profunda de la montaña de Lópreni, se había dado cuenta de su error. No, aquella soldado lo que tenía era miedo.

Miedo del secreto mejor guardado de la montaña.

—Por el Hombre del...

En otro contexto se hubiera reído de aquella maldición de Dalanhe, pues su tribuno era una de las mujeres menos devotas que conocía, incluso menos que ella misma.

Pero lo que había ante sus ojos hubiera podido convertir al mayor de los escépticos.

Ella, al menos, había visto al duque del Frente aparecer volando sobre un basilisco en el palacio real de Estela, pero ni siquiera aquel recuerdo pudo prepararla para todas las imposibles criaturas que había ante sus ojos.

La gruta a la que habían ido a desembocar era enorme, de techos casi tan amplios como los que poseían los templos de Nílice, y estaba bien iluminada. Distintos cubículos, a modo de establos y rediles, contenían especímenes a cada cual más asombroso. Loto vio grifos, quimeras, más basiliscos. Vio animales para los que no tenía ni nombre. Vio criaturas que se decía que se habían extinguido hacía miles y miles de veranos.

—Así que los rumores eran ciertos —dijo, intentando no alterar el tono de voz.

El otro soldado del ejército de Lópreni, que sospechosamente no había querido alejarse demasiado de la puerta, asintió.

—Son algunos de los que encontramos cuando empezamos a recorrer el desierto —dijo con voz trémula, como si su cabeza estuviera llena de recuerdos que no quería revivir—. No nos interesaba mucho aquel montón de dunas, pero tiene algunos enclaves importantes, como sin duda vos y vuestro ejército bien sabéis por la conquista. Cuando nosotros comenzamos a asentarnos ya

como ejército oficial de un reino, estas criaturas llevaban mucho tiempo sin cruzarse con nadie salvo con las tribus nómadas con las que convivían en la arena. Nuestros generales dieron la orden de atrapar y traer a cuanto ser extraño encontráramos. Estos son los que quedan.

—¿A qué te refieres con «los que quedan»? —preguntó Dalanhe.

El soldado bajó la mirada antes de contestar.

—Muchos murieron por el encierro —dijo escuetamente.

Entonces Loto volvió a echar un vistazo a su alrededor.

Primero posó la mirada en los dos basiliscos, que no por ser ya conocidos para ella impresionaban menos. Las púas recorrían su alargado cuerpo de serpiente, las garras de ave parecían aún más afiladas de cerca. Pero entonces la tirana vio otra cosa que relucía, el metal. Metal que atravesaba sus alas de murciélago, un artefacto de anillas que hacía que fuera imposible que alzaran el vuelo. Luego vio los ojos apagados de las criaturas, el hecho de que casi no se movían, que no se resistían a las cadenas que también rodeaban sus cuellos.

Apartó la mirada de ellos. Una y otra vez vio los mismos patrones. Avanzó algunos pasos, entre las exclamaciones de incredulidad de sus acompañantes. Y ya en el centro de la caverna pudo olerlo. La enfermedad. La putrefacción.

Aquello era peor que un hospital de guerra.

—Están enfermos..., están todos enfermos.

Cuando se volvió, todos salvo su tribuno, que llevaba tratando demasiado tiempo con ella, se encogieron sobre sí mismos. Loto supo que había algo de furia dibujada en su rostro. No la quiso disfrazar.

Si antes hubiera existido alguien que todavía no temía a la furia de la tirana bajo el sol, en los últimos días había tenido que aprender rápido.

—Nada de lo que probaron los Tres Generales funcionó —pareció intentar excusarse el soldado—. Enfermaron de un día para otro sin razón aparente. Muchos murieron y los que no jamás se recuperaron de...

Pareció pensarse sus propias palabras, pero una vez dado a entender algo no había marcha atrás. Y ni Loto ni aquellos que la servían desde la primera línea como su tribuno Dalanhe eran de los que dejaban pasar información que podía ser vital para sus planes y para el futuro de Nevásile.

—¿De qué no se recuperaron exactamente? —preguntó.

El soldado no tenía otra que responder.

—Todas las criaturas enfermaron los mismos días en los que el rey Fobos llevó a cabo la Purga —dijo con voz débil—. Al principio pensamos que era una coincidencia, pero mi gene... El general del Ejército del Aire, el Fugitivo, no creía en las coincidencias.

Eso no le había salvado al final, pensó Loto para sus adentros. El Fugitivo era uno de sus tantos prisioneros de guerra. Pero tampoco era estúpida: conocía perfectamente los talentos insospechados y la inteligencia de aquel hombre. Era esa inteligencia la que había permitido que la dictadura militar de Lópreni sobreviviera durante tantos veranos, a pesar de situarse en un territorio pobre e inestable rodeado de dos poderosos reinos.

Y algo compartían aquel hombre y ella.

No creían en las coincidencias.

—Soltad a todas y cada una de estas criaturas —les dijo a los dos soldados, sin prestar atención a sus sendos gestos de terror—. No os harán daño en el estado en que se encuentran, y si lo hacen, quizá sea merecido. Llevadlas al desierto. No sé si sobrevivirán, pero si han de morir, al menos que sea en el lugar al que pertenecen, no bajo tierra y atadas.

—¿Y si sobreviven? —preguntó la mujer.

—Entonces quizá en unas décadas volvamos a ver a Lópreni en toda su gloria, tal y como solía ser.

Pero sabía que no lo harían. Sabía que la mayoría ni siquiera llegaría al desierto. Ella conocía perfectamente cómo olía la muerte, y era el mismo aroma que podía detectar en aquella inmensa caverna, entre los jadeos de criaturas que hacía apenas una luna hubiera jurado que no existían.

Volvió sobre sus pasos, intentando ignorar las respiraciones entrecortadas, los bufidos y las miradas apagadas. Se preguntó si aquella convalecencia había empeorado también desde que Nevásile invadiera Lópreni. Si, de alguna manera, era el último clavo en el ataúd de un reino que una vez poseyó un aura oculta, unos poderes, un algo que lo acercaba más a los dioses que a las mismas personas.

Siempre se decía que había algo en Lópreni. Algo que Loto esperaba no haber matado del todo.

Dalanhe, como de costumbre, parecía seguir la misma línea de pensamiento, pues se acercó a ella con mirada grave.

—Controlamos territorios, ejércitos, recursos, y sin embargo hay demasiadas cosas que no sabemos.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó la tirana.

Conocía la respuesta.

—Aquellas que no se pueden tocar —dijo su tribuno—. Primero esa chica que tenía preso a Nolan, y ahora esto...

—Sé que piensas que no debería haberla dejado libre.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

Loto reflexionó. Podía fingir que todo estaba dentro de sus planes, pero probablemente Dalanhe iba a saber mejor que nadie que eso no era verdad.

—No quería que pensara que soy cruel.

No hizo falta que dijera a quién se refería.

El sol y la arena de Lópreni los recibieron como siempre lo hacían, sin ningún tipo de clemencia. La comitiva de Loto había aparcado todas sus carrozas y caballos a la sombra de la montaña, pero aun así el calor los castigaba de todas las maneras posibles y el polvo se les pegaba a la piel como un enjambre de insectos invisibles. La tirana bajo el sol se arrepintió de llevar el atuendo de combate, que casi parecía asfixiarla, pero sabía perfectamente que el vencido ejército de Lópreni solo respondería ante un uniforme militar.

Aquello suponía un pequeño retraso en su viaje, pero desde el principio había sabido que tenía que hacer una parada en Cintra. Dejarse ver. Respirar su aire y decidir qué iba a hacer con aquel reino que había decidido conquistar hacía tantos veranos. Y realmente había servido para aclarar sus ideas al respecto.

Se pasó la mano por el pelo y maldijo. Estaba, como todo lo demás, lleno de arena. Loto podía soportar muchas cosas, pero no el llevar sucio o desarreglado el cabello.

Con aquel desasosiego, miró hacia uno de los extremos de la comitiva, que ya volvía a prepararse para ponerse en marcha, rumbo a Nílice. Allí había una única carroza, la más grande y cómoda de todas las que habían acompañado a Loto a Estela, a la que nadie se atrevía a acercarse. Las cortinas estaban echadas y su única ocupante no parecía tener la menor intención de dejarse ver. Un día más.

Loto casi hubiera preferido que ella saliera a gritarle lo mucho que debía de odiarla.

Se sentía con fuerzas para muchas cosas, pero no para hacerla salir de aquel silencio.

Tuvo que interrumpir el transcurso de sus pensamientos al ver a varios de sus hombres acercarse con inquietud. Dalanhe iba

a la cabeza, con el ceño más fruncido de lo habitual, aunque nunca había sido una persona cuyas facciones expresaran demasiada alegría. Sin embargo, tal vez porque sus pensamientos aquel día estaban especialmente sombríos, tal vez porque sus entrañas se lo decían a gritos, Loto se inquietó.

No hicieron ningún tipo de saludo ni de gesto de respeto al plantarse ante la tirana, y ella se felicitó secretamente por ello. Le había costado muchos veranos desechar aquellas costumbres de su ejército, convencerlos de que ella no se creía por encima de ninguno, de que simplemente ocupaba un cargo distinto. Nuevas reglas para nuevos tiempos. La tiranía despreciaba las formas del pasado impuestas por reyes y nobles más pendientes de su autocomplacencia que del bien del reino.

—Ha llegado un mensajero con noticias urgentes para ti —dijo Dalanhe, las sombras cada vez más presentes en su expresión.

—Dímelas tú. ¿Qué ha ocurrido?

Estaba abierta a escuchar muchas cosas, pero desde luego, jamás hubiera imaginado las palabras que salieron a continuación de la boca de su tribuno:

—El rey Fobos de Estela ha muerto. Asesinado. A manos de su propio hijo.

El mundo pareció congelarse por unos momentos.

La tribuno de Nevásile dejó de estar ante los ojos de Loto, y en su lugar apareció el recuerdo de los ojos felinos de Nolan, su sonrisa siempre a medias, aquella manera de levantar la barbilla y esconder todas las verdades a base de ironías. Ella había conocido bien a Nolan en su momento, o al menos eso hubiera pensado. Quizá la persona que había despertado de un largo sueño no era el príncipe que todos recordaban. O puede que sí. Puede que siempre hubiera llevado al asesino de su padre dentro.

—¿Cómo sabéis que ha sido él? ¿Es una noticia fiable?

—Debe serlo —dijo Dalanhe sombría—. Ya que él mismo lo ha anunciado justo antes de proclamarse el nuevo monarca. La noticia ya se está extendiendo por todo el continente.

Loto asintió, procesando la información.

—Tenemos que emitir un comunicado condenando los hechos, al menos para nuestro pueblo. Deben saber que no hemos tenido nada que ver con ello.

Nolan solía decir las cosas más crueles con la burla en los labios. Solía planear las mayores perversidades y luego desecharlas con un gesto de su mano, como si siempre hubieran sido una broma. Pero Loto jamás hubiera apostado nada a la magnanimidad del príncipe.

Y su instinto, como casi siempre, había probado ser cierto.

Parecía que ambos, tirana y nuevo rey, compartían muchas más cosas aparte de la adoración por su hermana.

Y hablando de Reira...

—La última persona que va a enterarse de esto es nuestra invitada especial —ordenó con la voz más afectada de lo debido.

No sabía por qué, pero deseaba contárselo ella una vez estuvieran ya en Nílice. No darle razones para languidecer encerrada en aquel carromato. Porque dolería, y Loto lo sabía. Reira adoraba a su hermano a voz en grito, y había amado a su padre desde el silencio, a pesar de que los dos, de una manera o de otra, solían acabar decepcionando a la princesa.

—Loto...

La tirana se detuvo ante el tono de Dalanhe. Sabía perfectamente lo que significaba ese timbre de voz. Lo que iba a decir su tribuno a continuación era algo que solo se permitía expresar por la confianza entre ambas, y probablemente Dalanhe se estuviera planteando si era lo correcto expresarlo. Pero Loto siempre agradecía su sinceridad. La había salvado demasiadas veces.

—Habla.

—¿Por qué condenarlo? ¿El pueblo no pensará que Nolan ha hecho exactamente lo mismo que tú? ¿No compartís los dos... el regicidio?

Loto estuvo a punto de echarse a reír y bromear acerca de esa tradición de asesinar a los reyes de la propia familia, pero la gravedad del contexto hizo que lograra dominarse. Ya se burlaría de su difunto tío en privado una vez más. Ahora todos los que la rodeaban buscaban a la tirana bajo el sol, a la mujer que había cambiado la suerte de un reino; no a la mujer endemoniada con un sentido del humor de dudoso gusto.

—Los matices, querida Dalanhe, son importantes. Mi tío era un gobernante terrible, pero Fobos, a pesar de todos sus defectos, trabajaba noche y día buscando lo mejor para Estela. Nolan debería haberlo pensado mejor. Ni siquiera las errantes de su querido Irana pueden defender que el regicidio en este caso era lícito. Y al viejo reino nunca le han gustado los cambios radicales —razonó—. Él quedará como un hijo ambicioso que mató a su padre buscando el poder. O que se volvió loco durante su sueño de más de dos veranos. No puede tener una posición muy fuerte dentro de Estela ahora mismo.

La tribuno no preguntó lo más importante. No preguntó por qué a Loto le interesaba tanto debilitar al recién coronado rey de Estela. A fin de cuentas, la tirana bajo el sol siempre había hablado de atacar Lópreni, pero nunca había deseado el trono de Fobos para ella.

No lo preguntó, pero bastó una mirada hacia un carruaje apartado para que Loto supiera que Dalanhe, una vez más, había seguido sus planes incluso sin necesidad de expresarlos.

—Convocaremos la corte marcial —dijo la tirana bajo el sol.

Lo dijo alzando la voz, muy consciente del efecto que tendría. Todos aquellos que se encontraban lo suficientemente cerca se giraron con los ojos muy abiertos y expresión de incredulidad.

Loto hubiera podido asegurar que no disfrutaba de aquello, pero hubiera mentido.

Dalanhe, como siempre, comenzó a calcular.

Su pelo cada año se volvía más gris, y su mente más y más afilada.

—No se ha constituido en los últimos cien veranos como mínimo, pero no veo por qué no ha de ser posible. A fin de cuentas, la ley sigue vigente. ¿Quieres convocarla contra Estela?

—No —respondió Loto con seguridad—, solo contra Nolan como persona. Le señalaremos a él únicamente. Son sus actos los que han alterado el orden en Estela, por ellos el equilibrio entre los reinos del continente puede verse amenazado.

—Pareces tenerlo muy bien pensado.

Loto no respondió a aquello, pero sonrió con malicia. Sí, conocía el mecanismo de la corte marcial perfectamente. Tras la última guerra en el continente se había acordado que...

—... dos de tres reinos pueden juzgar actos ilícitos de otro siempre y cuando supongan una amenaza para el continente en su totalidad —dijo Dalanhe rápido para sí misma—. Solo necesitamos el *quorum* para convocarla. Y podrá celebrarse en el lugar que se decida. Lo cual significa...

Loto rio sin disimulo.

Y todos los que la conocían se sumaron, de una manera o de otra, a su momentáneo triunfalismo. Había cosas para las cuales su ambición venía muy a mano.

—Yo soy dos de tres reinos —dijo—. La corte marcial tendrá lugar en Nílice. Aseguraos de que el anuncio llega a todos y cada uno de los rincones del continente. Si es necesario, iré a gritárselo a las reales orejas de Nolan en persona.

ANTE EL SEPULCRO DE DISNOMIA DE ESTELA



Nolan no creía en ningún tipo de vida después de la muerte. Sabía perfectamente lo que su hermana hubiera dicho al respecto de aquello. Habría alzado su mirada al cielo —como siempre hacía cada vez que necesitaba encontrar respuesta a alguna pregunta difícil— y habría asegurado que si las estrellas volvían a salir cada noche, la vida de los seres humanos también debía de retornar. Muchos en Estela creían en la reencarnación, otros aseguraban que la energía de los difuntos la atesoraban sus descendientes, los que menos imaginaban algún lugar de descanso eterno para las almas. Los grandes pensadores no se ponían de acuerdo en ello, pero para Nolan estaba muy claro: no había nada después de la muerte. Uno se apagaba y la vida desaparecía.

Por eso mismo no le provocaba ningún temor entrar en la necrópolis real, allí donde descansaban la mayoría de los reyes que Estela había tenido, los familiares cercanos, algunos nobles importantes y astrónomos del reino. Era un lugar calmado, pacífico incluso, donde las ramas de los árboles parecían agitarse más despacio y la brisa corría con una suavidad insospechada. Cercano al palacio, pero no lo suficiente como para que la corte sintiera la amenaza de la muerte demasiado próxima. De noche estaba completamente vacío, tal y como él había esperado.

Necesitaba el manto de la oscuridad para lo que iba a hacer. Necesitaba asegurarse de que ningún ojo lo miraba.

Si hubiera podido vendárselos a las estatuas, también lo hubiera hecho.

Miró a sus dos acompañantes, dos guardias que se encontraban entre los más leales a él y a Irana. No quedaban muchos de ellos. Después del asesinato de su padre, la mayoría de sus antiguos aliados en palacio se mostraban distantes o habían renunciado sospechosamente rápido a su puesto. Incluso aquellos dos parecían demasiado tensos para el gusto de Nolan. Aunque no era de extrañar. A fin de cuentas, dudaba que alguna vez su padre le hubiera pedido a alguien que lo acompañara de noche cerrada a un cementerio.

Sin embargo, ni siquiera por aquellos temores irracionales traicionarían a su rey.

Nolan por fin podía llamarse a sí mismo rey sin esperar que nadie, ni siquiera sus propios pensamientos, se lo rebatiera.

Portaban lámparas pequeñas que apenas iluminaban el camino, pero incluso una luz tenue como aquella era un riesgo. La necrópolis se encontraba lo suficientemente alejada del palacio real y de Dramansa como para que no apreciaran su resplandor, pero uno jamás podía asegurar que no hubiera ningún transeúnte aislado lo suficientemente cerca. Y cualquier tipo de iluminación en la noche de Estela estaba prohibida.

Era una de aquellas ridículas tradiciones que Nolan sabía demasiado bien que haría falta algo más que el mandato de un rey para desterrar de la vida cotidiana. Los gestos más nimios, las rutinas más intrascendentes, parecían tallarse en la piedra del viejo reino y jamás abandonarla. El pasado encerraba a todo su pueblo con unos barrotes demasiado férreos como para romperlos de la noche a la mañana.

Pero él no era su hermana. Él no podía ver en la oscuridad.

Y para lo que estaba a punto de hacer necesitaba sus ojos.

—Seguidme de cerca. Alumbrad bien el camino.

Se internaron en la necrópolis, las ropas del rey golpeando contra el camino de tierra, las lámparas temblando en las manos de los soldados y dibujando sombras que nacían y morían al instante.

Nolan se orientó por senderos recorridos por tumbas y estatuas como si hubiera nacido para ello. Había estado allí muchas veces, sobre todo de adolescente, nada más perder a su madre. Había ido a visitarla, completamente solo, en más ocasiones de las que jamás le hubiera admitido a nadie. De niño se inventaba la personalidad de todas aquellas estatuas de difuntos con las que se encontraba. De adolescente aprovechaba para repasar sus conocimientos de la genealogía del reino con los nombres grabados en las lápidas.

Pero en aquel momento solo le interesaba un único mausoleo.

—Aquí. Dejad las lámparas.

Los dos soldados se habían puesto aún más tensos en cuanto habían llegado a la parte del panteón real, donde estaban enterrados los reyes y reinas más recientes de Estela. Incluso en aquel momento, Nolan pudo apreciar que la tierra allí parecía más húmeda y reciente, el aire era distinto, había una pizca de energía indescifrable flotando en el ambiente. Sin duda muchos habían acudido a presentar sus respetos al difunto rey Fobos. El monarca había tenido admiradores incluso entre las clases populares a las cuales sus leyes empobrecían.

Pero no, su intención no era seguir torturando a su padre incluso en la muerte. Al conseguir su corona había decidido que quedaban en paz.

Intentó no pensar que algún día él también estaría allí.

Tenía cosas más importantes de las que ocuparse que su miedo incurable a la muerte.

Despreció la tensión de sus soldados con un gesto despectivo de sus manos. Centró la mirada en el sepulcro situado justo al lado del de Fobos, del cual conocía cada uno de sus detalles.

El mármol del blanco más bello. La estatua de la dama hecha de manera que los pliegues de sus vestimentas parecían estar a punto de ser revueltos por el viento. Ella no había posado para su escultura funeraria, estaba claro, pero aun así el artista había logrado plasmar su esencia.

—Aquí no hay gente. No hay vida, ni impulso. Mi madre hubiera odiado este lugar.

Nada más dijo el verbo en pasado le sonó extraño en la lengua. Porque ya no podía asegurar que su madre no siguiera, de alguna manera u otra, entre ellos. Porque ni siquiera su padre lo había sabido decir instantes antes de morir.

Por esa razón estaba allí.

Aunque sospechaba que en aquel lugar, tan muerto como sus habitantes, no iba a encontrar muchas respuestas.

—Necesito que descubramos el sepulcro de la reina Disnomia—dijo con voz desposeída de sentimientos—. Apartad luego la mirada si queréis, pero ayudadme con la losa.

Nolan no había pedido a los soldados que trajeran nada de palacio porque sabía perfectamente que las herramientas todavía andarían cerca después del entierro del rey Fobos. Y no se había equivocado. En una esquina del mausoleo encontró palas, palancas y cuerdas. Se preguntó cómo de desgraciado se tenía que ser para aceptar el trabajo de enterrador. Decidió que jamás conocería a los de aquel cementerio. Junto a sus dos hombres agarró una palanca de hierro y empezó a empujar la losa de mármol con incrustaciones en plata que había guardado el descanso de la reina Disnomia.

Lo único que le salvó de que sus dos hombres pensarán que estaba totalmente loco y echaran a correr fue que nadie podía

dudar de Nolan, toda la corte sabía que había adorado a su madre. Tal vez pensaron que aquello era parte de un ritual llevado a cabo por un hijo amoroso, un ritual que ellos jamás comprenderían. La gente, pensó el rey de Estela, se aferraba demasiado a todo lo que les hiciera recordar, aunque fuera remotamente, a sus muertos. Él también lo había hecho. A fin de cuentas, era incapaz de no pararse delante de cada retrato de su madre en palacio, de desecher cualquier cosa que ella le hubiera regalado, de no escuchar su voz cada vez que estaba a punto de tomar una decisión que ella hubiera desaprobado.

Disnomia le había enseñado que siempre era preferible saber. Que para ganar a un juego hay que conocer todos los detalles de cada una de sus fichas.

Por eso siguió intentando descubrir la tumba de su madre. Y en el proceso se dio cuenta de que no, no temía a los muertos, pero sí a las respuestas o a las preguntas que aquel ataúd pudiera darle.

Fobos había encargado una sepultura que reflejara perfectamente la personalidad de su esposa la reina. Presidiéndola había una estatua de ella mirando hacia arriba, pero no con aquella postura tan propia de los devotos al firmamento, de su propia hija pequeña, sino con la de alguien que no desea molestar con lo que está por debajo, que alza la barbilla con orgullo. Un ademán que Nolan también sabía que tenía. La piedra, a pesar de todo, parecía ligera, y el escultor se había esmerado en plasmar con detalle cada uno de los pliegues de la ropa, de los rasgos de la piel, de los adornos del cabello. La complejidad de la propia Disnomia.

Aunque a sus ojos les faltaba la inteligencia de la reina. Su burla, a veces. El brillo del triunfo cada vez que conseguía lo que se proponía.

Y eso solía ocurrir a menudo.

Nolan temía y a la vez necesitaba confirmar que los recuerdos que él tanto había atesorado sobre su madre no eran del todo ciertos, que Disnomia se había guardado una cara oculta incluso para su propio hijo. Por eso siguió empujando la losa. Oía los jadeos de los dos guardias del palacio, que trabajaban en silencio, demasiado confundidos por toda la situación como para atreverse a hablar. Fueron momentos en los que la noche pareció cubrirlos para ocultar que estaban llevando a cabo lo que muchos considerarían un sacrilegio mayor que bajar las estrellas del firmamento.

Y entonces la losa cayó sobre la tierra.

Y se descubrió el descanso eterno de la reina.

Si Nolan no hubiera estado tan impactado, se habría preocupado por que alguien pudiera oír el grito que escapó de los labios de uno de sus soldados. Pero la imagen que la losa había descubierto incapacitó el resto de sus sentidos.

Esperaba muchas cosas. Un esqueleto. Un cadáver embalsamado. Incluso un sepulcro vacío. Pero no aquello.

El cuerpo de Disnomia estaba indudablemente muerto, sí, pero se conservaba a la perfección. Si uno no se hubiera fijado en su palidez o en que su pecho estaba inmóvil, la habría dado por dormida. Estaba exactamente igual que Nolan la había visto en su lecho de muerte, justo cuando los sanadores de la corte habían decretado que la reina ya no vivía.

Su cabello había seguido creciendo, y forraba el fondo de su sepultura como una sábana de hilo dorado. Todas sus uñas se habían caído durante su misteriosa enfermedad, sus dedos alargados seguían completamente blancos. Tragando saliva, Nolan extendió una mano y la apoyó en su mejilla. Estaba tan fría como la piedra que los rodeaba. Hacía mucho tiempo que su corazón no latía, que la sangre no calentaba aquella piel.

Y sin embargo el tiempo no hacía estragos en aquel cuerpo.

—¿Cómo es posible?

Preguntó para sí mismo, o quizá para ese universo que Reira creía que tenía todas las respuestas, sabiendo que no iba a encontrar respuesta. Pero aun así oyó la voz del más compuesto de sus soldados.

—El rey prohibió que los embalsamadores trataran el cuerpo. Dijo que la reina así lo había pedido, aunque se notaba que aquello disgustaba a Fobos. —Nolan también se acordaba de aquella escena, sí, aunque de joven no la había comprendido demasiado bien—. No sé las razones de vuestra madre, pero hacen que esto sea aún más... insólito.

El corazón de Nolan, ese que cada vez más personas del reino hubieran asegurado que no tenía, se iba resquebrajando poco a poco por la tensión que había mantenido oculta todos aquellos días y la pura esperanza que le provocaba ver a su madre así, como si en cualquier momento fuera a levantarse y a andar. Había demasiadas cosas acerca de Disnomia que Nolan había creído impensables como para ahora descartar su esperanza de buenas a primeras.

—No hay ningún procedimiento de este mundo que pudiera mantener un cuerpo así de bien conservado, ¿verdad? —quiso asegurarse. Aunque sabía perfectamente la respuesta.

Sus soldados tragaron saliva. A ellos aquel panorama solo les provocaba terror.

—No, majestad. Ninguno. Esto se sale a la comprensión humana.

Pero Nolan sabía perfectamente que el problema era pensar que todo en el mundo debía ser comprensible.

A fin de cuentas, se había pasado dos veranos completos —aunque él hubiera jurado que había sido toda una vida—, escuchando que *todo es eterno...*

... todo es posible...

... todo es infinito...

A veces todavía le costaba distinguir aquello, el mar de voces, del lugar en el que sí respiraba, caminaba, podía actuar. A veces incluso pensaba que no había una gran diferencia entre ambos, que estaban entrelazados y que jamás se acababa de salir de uno ni de entrar en el otro.

Sabía quién se hubiera sentido orgullosa de que pensara así. Pero intentaba pensar en ella lo menos posible a lo largo del día, o si no, dudaría de todo aquello que creía que siempre había deseado. Aquello para lo que, precisamente, siempre había pensado que Disnomia le había educado.

—Si alguna vez esto llega a saberse —dijo Nolan despacio—, si se extiende siquiera un mínimo rumor de que hay algo raro con la tumba de mi madre, os buscaré a vosotros. Y me aseguraré de que calláis para siempre. ¿Ha quedado claro?

Ellos asintieron, con esa expresión que le dijo al rey que jamás hablarían de lo que acababan de ver porque le tenían miedo tanto a él como a lo inexplicable. Y lo inexplicable parecía rondar a Nolan en los últimos veranos.

LO QUE ESCRIBE EL CRONISTA



«**H**agámoslo una vez más». Imaginemos una vez más, pues nunca sabremos si esta podría ser la última, si las palabras cesarán y el autor desaparecerá y la crónica, sus personajes, su mundo, todo será consumido por el vacío que esconde la Mujer tras su velo. ¿Qué había antes de las palabras? ¿Qué habrá cuando estas cesen? No lo sabemos y es lo único que jamás podremos imaginar, pero tal vez deba dar gracias a que en ese momento habré muerto, a que nunca tendré que enfrentarme a una realidad en silencio. No se puede representar el silencio. No se puede escribir sobre el vacío.

Pero no ha llegado el momento del fin y mi pluma puede continuar con esta crónica que tantos han deseado que sea eterna. Por eso debemos seguir con la historia. Por eso no pueden acallarnos, todavía no.

Imaginemos...

Imaginemos grandes llanuras rojas y doradas, imaginemos a los segadores pasando una y otra vez sus hoces sobre el trigo, imaginemos estatuas de bronce, latón y mármol con incrustaciones de oro. Imaginemos un pueblo que entona sus oraciones hacia nosotros como si fueran un vaso más de agua que llevarse a la boca para continuar con un día de extenuante trabajo. Ese es el reino del movimiento, de la acción, de la tierra roja y los planes que jamás se desvían de su camino preestablecido.

Ese es Nevásile.

Y debemos imaginar Nevásile esta vez con cada uno de sus detalles, esta vez con cada una de sus granjas, de sus hendiduras en la tierra, de sus llanuras de hierba y de sus acantilados enfurecidos. Pues Nevásile será el escenario de la corte marcial, y es la corte marcial lo que quiere el Oráculo que imaginemos.

Solo así podrá convocarse. Solo así se hará real. Solo así se unirá a la memoria del errante, al sueño del príncipe, y bajará desde las visiones que tiene el Oráculo hasta nosotros para juzgarlos a ambos.

Y en qué otro lugar podría juzgarse al príncipe de las estrellas sino en un reino hecho a base de tierra roja. Y quién podría juzgar a aquellos que se atreven a soñar en Estela sino la tirana bajo el sol.

Debemos imaginar un reino al que nada le queda de ello salvo el nombre, pues no hay rey, no hay corona, no hay trono ni herencias divinas; tan solo están los estandartes de flores de loto que ondean cada mañana con la brisa venida del mar, los recuerdos de tronos ya resquebrajados, y las plegarias, por supuesto. Las plegarias a todos y cada uno de nosotros, las estatuas que rozan el cielo, los templos al Hombre del Espejo, al Oráculo, a mí mismo. Pero no a la Mujer Velada, aunque también la adoran, claro que lo hacen, la veneran con su temor y sus susurros. ¿Estamos los dioses dentro de aquellos que creen en nosotros? ¿O quizá no, quizá sobrevolamos a nuestros adoradores? ¿Seguiremos existiendo cuando ya no quede nadie que tenga fe? ¿Cuál será realmente el fin? ¿Un cuchillo sobre mi cuello o el silencio de los hijos mortales del Hombre del Espejo?

Puede que el Oráculo lo sepa, puede que él sí lo vea, pero no quiere que hable de finales, todavía no. Él quiere que hable del presente de nuestro continente tan solo asediado por el mar, y ese presente tiene nombre propio, nombre de mujer.

Cuentan que hubo una vez un hombre que libró una guerra en tierras lejanas, un asedio a una ciudad de murallas inconquistables

que duró más de diez veranos y que se llevó por delante a casi todos los héroes de ambos bandos, un asedio en el que también intervenían dioses que incluso nosotros desconocemos. Ese hombre encontró la artimaña para que su bando ganara la guerra, pero tras el triunfo no supo cómo regresar a su hogar, y se pasó veranos y veranos lejos de su tierra, de su mujer y su hijo. Cuentan que unas hechiceras, a las que él rechazó, le ofrecieron una flor para olvidarlo todo. Flores de loto.

Tal vez el gran comandante de Nevásile, el hermano del ya muerto rey de tierra roja, lo supo de alguna manera. Tal vez intuyó que su hija, aquella niña que incluso antes de aprender a andar pareció que no temía a nada, sería al reino lo que la flor fue para el héroe, esa agua de mar que borra todas las huellas de la arena de la playa, la oportunidad de dejar el pasado atrás y de labrarse un presente y un futuro lleno de oportunidades. Loto de Nevásile es el presente y no deja que haya nada más que el presente. Quizá el pueblo pragmático por excelencia se dio cuenta de que con ella jamás tendrían que preocuparse de nada más que del próximo movimiento que fueran a hacer, la próxima espiga de trigo a cortar, y eso, en cierta manera, es confortable.

¿Por qué el reino de aquellos que solo piensan en lo útil es aquel que nos sigue alabando tal y como nacimos, aquel que cree en nuestra existencia al mismo nivel en que creen que de una semilla brotará un árbol con hojas y raíces? ¿Por qué Nevásile maldice por su creador, el Hombre del Espejo, susurra el nombre de la Mujer Velada para no despertar su atención, nos ruega al Oráculo y a mí cada vez que desea cambiar su suerte? ¿Qué sentido tiene que sean precisamente estas gentes que solo saben mirar al frente quienes eleven sus plegarias? Nosotros tenemos las respuestas y a la vez no, pues los hijos del Hombre del Espejo llegan a ser un misterio incluso para quien siempre los observa, el Oráculo, y para mí, que escribo sus destinos.

Nevásile solo piensa en sí mismo y quizá por eso es el bastión más fuerte e inconquistable que jamás se podría imaginar. Pero en este reino de estatuas colosales y campos dorados está a punto de entrar una adoradora de las estrellas, una hija de la plata y del frío del granito, una heredera que jamás podrá entendernos, aunque sí queremos, pues a lo mejor lo único que no sabe Reira de Estela es qué hacer con todo ese amor que guarda entre la armadura de sus costillas y que no parece tener destinatario.

Al menos, no uno que se lo merezca.

Ten cuidado con lo que llevas a cabo, Loto de Nevásile. Tal vez no me permitan interceder en el mundo de los vivos para intentar salvarme a mí mismo de la Mujer Velada, pero nunca nadie dijo que yo no tuviera protegidos. Y si mi crónica hubiera de hacer brillar a alguien, esa sería Reira de Estela sin dudarlo.


Imaginemos un reino de campos dorados y ambiciones vestidas de rojo. Y, nada más imaginarlo, tal y como deseamos el Oráculo y yo, entremos en él como si el devenir de todo el universo dependiera de ello. Pues puede que quizá lo haga.

Bienvenidos a Nevásile.

Bienvenidos a mi hogar.



#TÚHACESFANDOM



LA CRÓNICA DE LOS TRES REINOS LLEGA A SU FIN

Loto, la tirana bajo el sol, recibe la noticia del asesinato del rey Fobos de Estela, y su decisión es rápida, firme y rotunda: convocar la corte marcial, mediante la que dos de los tres reinos pueden juzgar los actos ilícitos del otro. Por su parte, el rey Nolan ya tiene suficientes problemas, pues su pueblo no acepta la sangrienta forma en la que ha llegado al trono. Mientras tanto, Alisa, la utópica, intenta localizar a su aprendiz, la pintora Siwel, y también averiguar algo más de la cazadora que viene del mar de niebla. Prepárate para conocer los destinos del continente, de sus habitantes y del Cronista.

«Los finales de *La memoria del errante* y de *El sueño del príncipe* anticipan un cierre de trilogía frenético, que sin duda nos volverá a sorprender: Alba Quintas no repite fórmulas».

El Templo de las Mil Puertas



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es